



LA
MEMORIA
DE LAS
PIEDRAS

ANTICUARIOS, ARQUEÓLOGOS
Y COLECCIONISTAS DE
ANTIGÜEDADES EN LA ESPAÑA
DE LOS AUSTRIAS



MIGUEL MORÁN TURINA

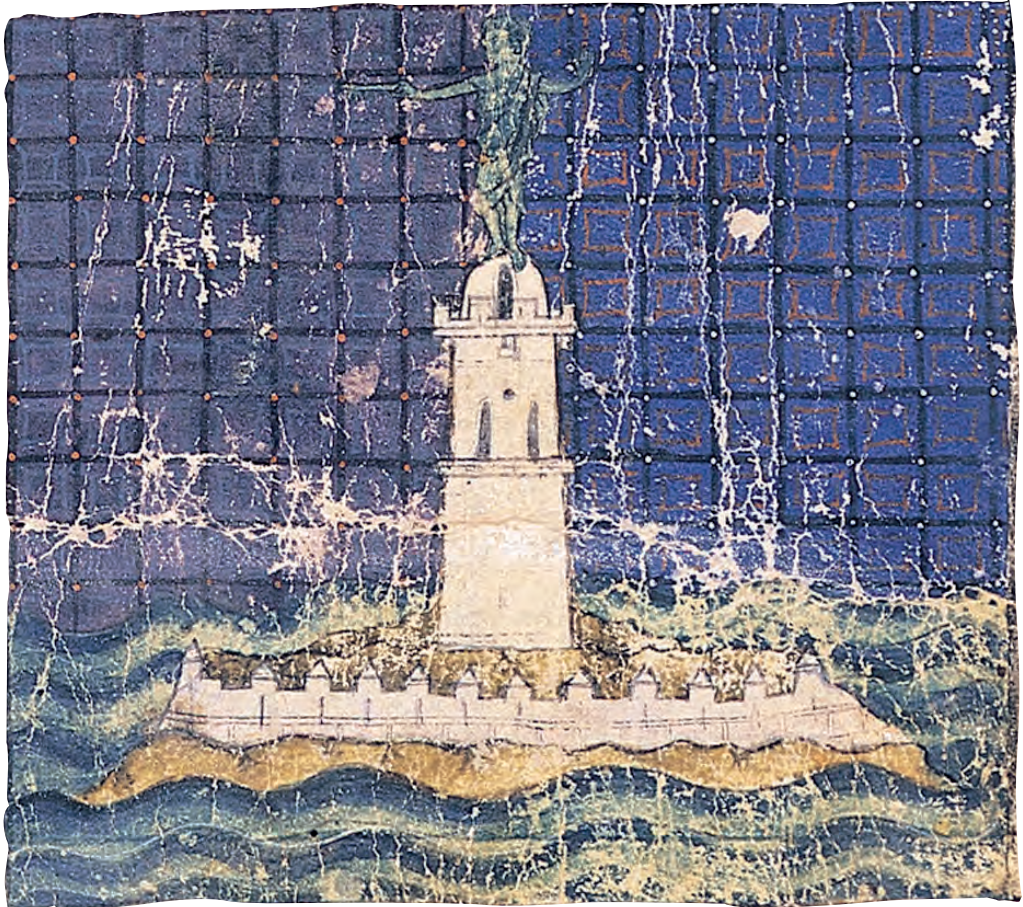
CEEH
Centro de Estudios
Europa Hispánica

I

Aquellos mármoles tan maravillosos La valoración de las ruinas en la España medieval

Cuando a finales del siglo XIII el geógrafo árabe al-Himyarí hablaba de Itálica y de la multitud de maravillas y curiosidades que aún se conservaban en la antigua ciudad romana, venía a su memoria sobre todas ellas el recuerdo de cierta estatua de mármol blanco que, muchos años atrás, se había trasladado a uno de los baños públicos de Sevilla, el *hammân* de al-Shattâra. Era una escultura de tamaño natural que representaba a una mujer desnuda tan increíblemente hermosa que cualquier hombre «podría pasarse un día entero dedicado a mirarla sin cansarse, pues había sido esculpida con tanto arte y con un trabajo admirable». Las pasiones que despertaba aquella estatua eran tan violentas que «hubo muchos que se enamoraron de ella y se perdieron hasta el punto de abandonar sus obligaciones cotidianas, dejando arruinar sus negocios mientras pasaban el tiempo contemplándola»¹.

Evidentemente, en las fechas en las que escribió al-Himyarí hacía tiempo ya que los cristianos habían conquistado Sevilla y que había desaparecido la estatua en cuestión –probablemente incluso el *hammân* donde se conservaba–, pero aún se mantenía viva la leyenda de aquella esclava que, a pesar de saberla de piedra, «nos esclaviza con sus miradas lánguidas». Era una leyenda que se venía contando al menos desde el siglo XI² y que demostraba un indudable paralelismo con otras historias similares sobre las maravillas de Roma que circulaban en el mundo cristiano. Por ejemplo, con la de aquella Venus «de una inexplicable perfección, hasta el punto de parecer animada, cuyo rostro se cubre de rubor al igual que el de una joven a quien sonroja su propia desnudez» que hizo volverse por tres veces a William of Malmesbury mientras paseaba por Roma³. Este paralelismo viene de la común herencia de la agalmatofilia griega, pero no deja de resultar sorprendente por la similitud que existe entre ambas anécdotas. Sin embargo, sorprende aún más por la contradicción que se manifiesta en los dos casos entre la inne-



6. *Templo de Hércules en Cádiz*. Siglo XIII. Miniatura en oro y colores sobre papel y pergamino, en el manuscrito *Estoria de España* (siglo XIII), de Alfonso X el Sabio. 8,1 x 9 cm. Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Patrimonio Nacional.

el hecho de que en la España musulmana se mencionaran con asombro los vestigios del esplendoroso pasado romano¹⁷ y que circularan las mismas leyendas sobre las maravillas de Roma que se estaban difundiendo por el resto de Europa. También lo es que, frente al silencio casi absoluto de los escritores cristianos, fueran los árabes quienes, en los tiempos medievales, parecieran sentirse verdaderamente fascinados por las ruinas romanas y dejaran constancia de su magnitud y grandeza en sus escritos: salvo las menciones a las columnas de Sevilla y la Torre de Hércules¹⁸ que se hacen en la *General Estoria* y en *Primera Crónica General*, la breve alusión de pasada que hace el arcipreste de Hita al lecho metálico del Tíber¹⁹ y la descripción de Roma que dejó Benjamín de Tudela a su paso por la ciudad a principios del siglo XII²⁰, no se rompió prácticamente hasta el elogio



7. *Hércules de Cádiz*. Siglo XIII. Miniatura en oro y colores sobre papel y pergamino en el manuscrito *Estoria de España* (siglo XIII), de Alfonso X el Sabio. 10,4 x 10,3 cm. Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Patrimonio Nacional.

que, a mediados del siglo XV, hizo Alonso de Cartagena al acueducto de Segovia, que además creía de fechas muy anteriores²¹. Dentro de este contexto hay que considerar absolutamente excepcional el gesto del rey don Alonso de Portugal, que, deseando evitar que los castellanos destruyeran el puente de Alcántara para que su ejército no entrara en Castilla, se comprometió a buscar un vado en el río, pues «no quería el reyno de Castilla con aquel edificio de menos»²².



9. Acueducto de los Milagros. Siglo I d.C. Mérida.



15. Pilastras visigodas reutilizadas en el año 835 en un aljibe árabe. Mármol, 277 x 41 cm. Mérida.

II

Y aquella maravillosa ciudad

Roma y los españoles

Aunque se supone que comerciaba con piedras preciosas, no sabemos por qué razones el rabino español Benjamín de Tudela emprendió en 1165 un larguísimo viaje que le iba a llevar hasta las orillas del mar Índico. Durante más de diez años recorrió todo el orbe conocido y tuvo ocasión de admirar cuantas maravillas había sobre la tierra: en El Cairo visitó aquellas pirámides¹, sin igual en el mundo, «hechas por arte de encantamiento»; en Damasco vio un palacio construido con muros de cristal y columnas de oro, plata y jaspes; contempló desde un barco las torres y los palacios de la antigua ciudad de Tiro hundidas bajo el mar, y en Babel los restos de la más famosa de las torres; admiró en Constantinopla las riquezas que encerraban la basílica de Santa Sofía y el palacio del rey Manuel, donde las joyas daban tanta luz que hacían innecesarias las lámparas; recorrió los pabellones de mármol y los inmensos jardines de los palacios de Bagdad; visitó Jerusalén y estuvo en el sepulcro de Ezequiel, con sus sesenta sinagogas, junto al río Jebar... pero nada le impresionó tanto como Roma, ni describió los monumentos de ningún otro lugar con tanto detalle como lo hizo con los de aquella ciudad.

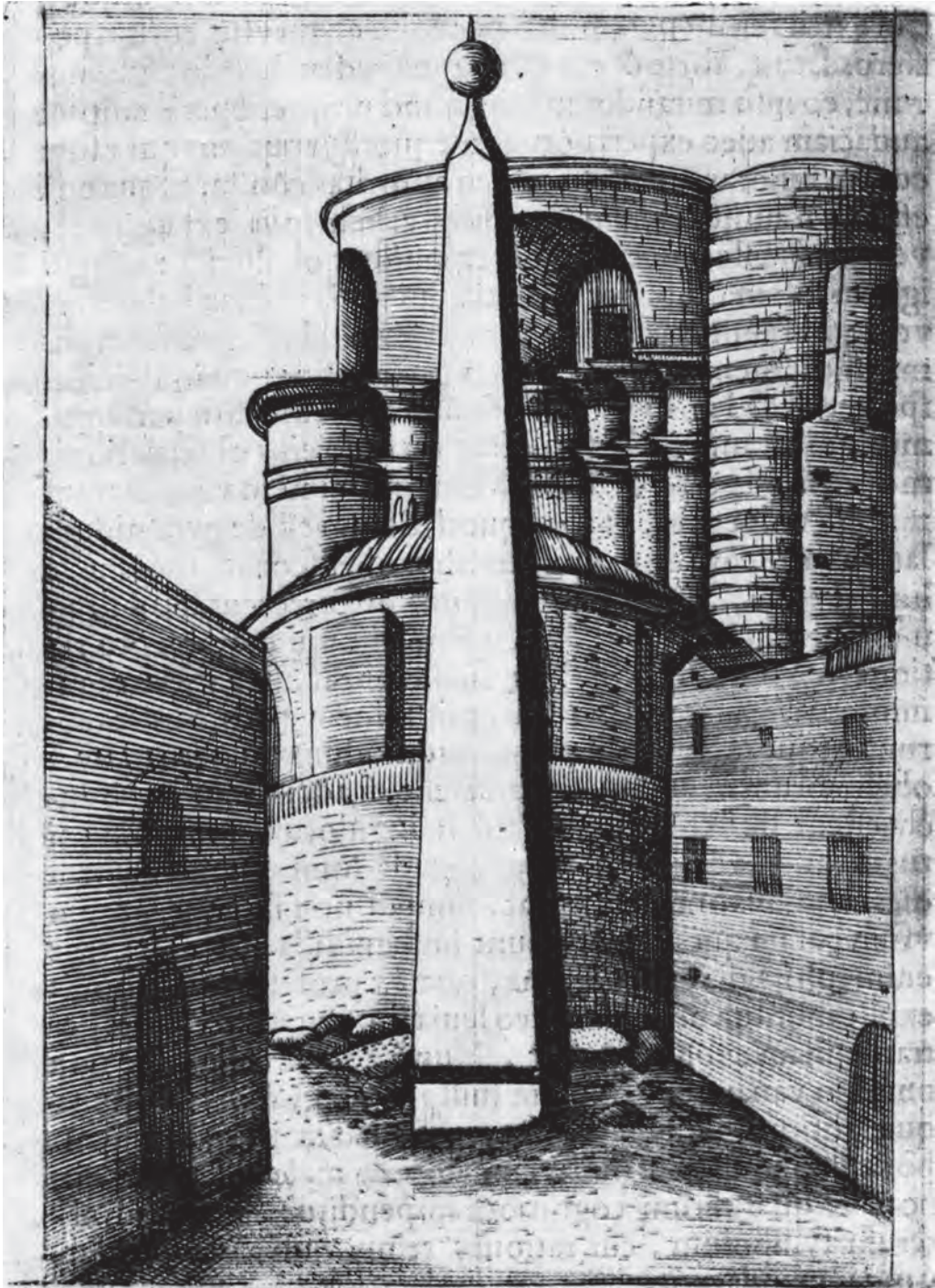
Roma se divide en dos partes –escribía Benjamín de Tudela–: el río Tíber divide la ciudad de Roma por el medio [...]. En la primera parte está la gran iglesia que llaman San Pedro de Roma; asimismo estaba allí el palacio de Julio César el Grande; y hay allí muchos edificios y construcciones diferentes de todos los del mundo. Entre lo urbanizado y lo devastado hay veinticuatro millas. Hay allí ochenta palacios², de ochenta reyes que tuvo Roma, llamados emperadores [...]. Allí en las afueras de Roma está el palacio de Tito [...]. Allí está el palacio de Vespasiano, edificio grande y muy fuerte. También está allí el palacio real [de] Termal Coliseo; en su interior hay otros trescientos sesenta y cinco palacios, [tantos] como días tiene el año solar. El perímetro de los palacios es de tres millas [...]. Allí se encuentra una cueva que va por debajo de la tierra y en ella se hallan el rey Termal Coliseo y la reina, su esposa, sentados en sus tronos; y con ellos hay unos cien hombres, ministros del reino; todos están momificados por procedimientos del arte de la medicina hasta este día [...]. Allí está la cueva donde Tito, hijo de Vespasiano, ocultó los objetos del Templo que se trajo de Jerusalén. Así mismo

allí hay una cueva en un monte, a un lado, sobre la ribera del río Tíber, donde están sepultados los diez justos, asesinados por orden real. Ante San Juan de Letrán está esculpido en piedra Sansón, con una lanza en la mano. Asimismo Absalón, hijo de David; también Constantino el Grande, quien construyera Constantinopla [...], está esculpido en cobre y su caballo recubierto de oro. Además, hay en Roma [otros muchos] edificios y cosas que nadie podría enumerar.³

Esta descripción de Roma, hecha por Benjamín de Tudela en la segunda mitad del siglo XII, no es únicamente la más antigua de cuantas nos haya dejado un viajero español, sino también una de las más antiguas que se haya escrito nunca, anterior a la que se recoge en la *Collectanea Albini Scholaris*⁴ –reunida en torno al año 1184– y precedida tan sólo por la del Anónimo de Einsieden a finales del siglo X y la del monje Benedetto da Soracte, canónigo de la basílica de San Pedro, que escribió la suya poco antes de 1142, durante el pontificado de Inocencio II. La descripción del tudelense no tiene nada que ver con la del Anónimo de Einsieden –a quien no le interesaban en absoluto las leyendas sobre los viejos monumentos romanos que, con toda seguridad, ya se habían empezado a fraguar⁵–, pero se inscribe plenamente en el mismo mundo del relato de Benedetto, que quizá hubiera podido llegar a conocer durante su estancia en Roma.

Ambos personajes, el español y el italiano, comparten una misma manera de ver la ciudad y una misma fascinación por ese mundo de leyendas y misterios que impregnó todos los libros de los *Mirabilia urbis Romae* que se siguieron publicando incansablemente hasta bien entrado el siglo XVI⁶; y eso es lo que crea un vínculo de unión entre sus descripciones, con independencia de que el español no mencione ninguno de los monumentos que se acabaron convirtiendo en cita obligada para todos los *Mirabilia* –el Panteón, el circo Máximo, los acueductos, las termas, las columnas de Trajano y Antonino o los colosos de Montecavallo– y aumente hasta ochenta⁷ el número de los quince palacios que aparecían en los *Mirabilia* o los doce que se mencionaban en la *Graphia aureae urbis Romae* de Pietro Diacono, escrita hacia el año 1150⁸.

Pero no es sólo eso lo que, a la vez que separa, emparenta el libro de viajes de Benjamín de Tudela con el del canónigo de San Pedro, sino también la intención que había detrás de sus relatos y que excedía la mera descripción de la ciudad. Al monje Benedetto lo que le interesaba era reivindicar, en la Antigüedad, la época de la República romana y, en el presente, la independencia de Roma frente al Imperio Germánico; por eso apenas habla de los emperadores y, con una profunda lógica interna, relaciona casi todos los monumentos de los que trata con «el tiempo de los cónsules y senadores», subrayando que el Capitolio era «el lugar desde donde los senadores y los cónsules gobernaban el mundo», o insiste en el hecho de que aquellos edificios, como el Panteón, se construyeron cuando «el Senado sometió a los suevos, a los sajones y a los demás



20. *El obelisco del Vaticano o la «aguja de Julio César»*. Grabado en *Gallus Romae hospes* (Roma, 1585, in-4º), de Louis de Montjosieu.



23. *El obelisco del Vaticano*. Pluma y tinta sepia sobre papel, 34 x 21 cm, en el manuscrito *Antiquitatum fragmenta* (1465), de Giovanni Marcanova. Módena, Biblioteca Estense.



166. Philipp Schor y Johann Bernhard Fischer. Tinta y aguada, en *Alejandro y Alejandria del Monthe Athos*, en *Disegni di Idoli, Statue, Filosofi, Busti...* Londres, Society of Antiquaries.



173. *Ariadna dormida*. Mediados del siglo XVII. Vaciado en yeso, 135 x 214 x 95 cm. Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

A diferencia de Vicencio Carducho, el conocimiento que tenía Velázquez de las antigüedades romanas era de primera mano. Antes de su viaje a Roma, en Sevilla y a través de su suegro, tuvo que tener acceso necesariamente a las colecciones del duque de Alcalá; en Madrid gozó de la protección de don Juan de Fonseca y Figueroa, un erudito en arte clásico y autor de un desaparecido tratado sobre la pintura entre los antiguos; durante su primer viaje a Roma residió en la Villa Medici por «haber allí excelentísimas estatuas, de que contrahacer⁵⁵», cuyas huellas encontramos en su pintura⁵⁶, y a su regreso gozó en la corte de reputación como hombre experto en aquella materia⁵⁷. Por ello no debe extrañarnos en absoluto que Velázquez demostrara una cierta independencia de juicio al incluir en su selección piezas que, como el *Germánico* (fig. 173), el *Discóbolo* y el *Fauno Giustiniani*, ni estaban entre las reproducidas por Perrier⁵⁸ ni gozaban de especial renombre⁵⁹. Sin embargo, fue exactamente aquel mismo tópico del museo imaginario de la escultura clásica –las estatuas del Belvedere, las piezas capitales de la colección Borghese, el *Hércules Farnese*, el *Ares Ludovisi*, la *Niobe*, el *Galo moribundo*, legendario por la restauración efectuada por Miguel Ángel en su brazo⁶⁰...– el que Velázquez quiso trasladar a España, y el que, por otra parte, incorporó a su pintura⁶¹.

Al calificar las compras de Velázquez como museo imaginario, lo hago con toda intención. A Velázquez, o lo que es lo mismo, a Felipe IV, las antigüedades no le inte-